

ensayos **extopiso**

# SIETE TIPOS DE ATEÍSMO

**JOHN GRAY**

TRADUCCIÓN DE ALBINO SANTOS MOSQUERA

## **Siete tipos de ateísmo**

# Siete tipos de ateísmo

JOHN GRAY

TRADUCCIÓN DE ALBINO SANTOS MOSQUERA



**sextopiso**

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Titulo original  
*Seven Types of Atheism*

Copyright © JOHN GRAY, 2018  
Publicado originalmente por ALLEN LANE, Londres, 2018

Primera edición: 2019

Traducción  
© ALBINO SANTOS MOSQUERA

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2019  
Paris 35-A  
Colonia del Carmen, Coyoacán  
04100, Ciudad de México, México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.  
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda  
28014, Madrid, España

[www.sextopiso.com](http://www.sextopiso.com)

Diseño  
ESTUDIO JOAQUÍN CALLEGO

Impresión  
COFÁS

Formación  
GRAFIME

ISBN: 978-84-16677-76-4  
Depósito legal: M-38373-2018

Impreso en España

## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. CÓMO SER UN ATEO	9
Lo que la religión no es	14
Siete tipos de ateísmo	16
1. EL NUEVO ATEÍSMO.	
UNA ORTODOXIA DEL SIGLO XIX	19
El Sumo Pontífice de la Humanidad	19
Por qué la ciencia no puede refutar la religión	23
La verdadera amenaza para el monoteísmo	26
Nuevo ateísmo y viejo antiliberalismo	32
2. EL HUMANISMO SECULAR,	
UNA RELIQUIA SAGRADA	39
El progreso, mito cristiano	41
Platón para las masas	45
John Stuart Mill, santo patrón del racionalismo	51
Bertrand Russell, un escéptico a su pesar	60
De Nietzsche a Ayn Rand	65
3. UNA EXTRAÑA FE EN LA CIENCIA	77
Evolución vs. ética	80
Racismo y antisemitismo en la Ilustración	82
El mesmerismo, primera religión de la ciencia	89
La ciencia y la abolición del hombre	91
El transhumanismo, un tecnomonoteísmo	95

4. ATEÍSMO, Gnosticismo y Religión Política Moderna	101
Milenarismo y gnosticismo en la tradición occidental	103
El Münster de Jan Bockelson. Una teocracia comunista en la Edad Moderna temprana	106
El jacobinismo, primera religión política moderna	110
El bolchevismo. Esperanzas milenaristas; visiones de futuro gnósticas	113
Bockelson, Hitler y los nazis	120
Liberalismo evangelizador	125
5. ODIADORES DE DIOS	131
El marqués de Sade y la oscura divinidad de la naturaleza	131
Iván Karamázov devuelve su entrada	143
William Empson: Dios como comandante de un campo de concentración	157
6. ATEÍSMO SIN PROGRESO	169
George Santayana, un ateo que amaba la religión	169
Joseph Conrad y el mar sin Dios	180
7. EL ATEÍSMO DEL SILENCIO	193
El ateísmo místico de Arthur Schopenhauer	193
Dos teologías negativas: Baruch Spinoza y Lev Shestov	200
CONCLUSIÓN. VIVIR SIN FE NI DESCREIMIENTO	213
AGRADECIMIENTOS	215
NOTAS	217

## INTRODUCCIÓN. CÓMO SER UN ATEO

El ateísmo contemporáneo es una huida de un mundo sin Dios. La vida desprovista de un poder que pueda asegurar el orden o cierta justicia suprema es una posibilidad aterradora y, para muchos, intolerable. En ausencia de un poder como ése, el devenir humano podría terminar volviéndose caótico y no habría relato posible que lograra satisfacer la necesidad de darle sentido. Empeñados en huir de esa perspectiva, hay ateos que buscan sustitutos del Dios que han desechado. El progreso de la humanidad reemplaza entonces a la creencia en la divina providencia. Pero esa fe en la humanidad sólo tiene sentido si da continuidad a ciertos modos de pensamiento heredados del monoteísmo. La idea de que la especie humana va haciendo realidad unas metas comunes a lo largo de la historia es un avatar secular de cierta noción religiosa de la redención.

El ateísmo no siempre ha sido así. Junto a los muchos que han buscado una Divinidad suplente para rellenar el hueco que ocupaba el Dios que nos ha dejado, ha habido quienes han abandonado el marco del monoteísmo por completo y, con ello, han hallado la libertad y la realización personal. En lugar de buscarle un sentido cósmico, se dan por contentos con el mundo tal como lo encuentran.

No todos los ateos, ni mucho menos, han pretendido convertir a otras personas a su visión de las cosas. Algunos han sido respetuosos con las confesiones tradicionales, pues han preferido el culto a un Dios que consideran ficticio antes que una religión de la humanidad. La mayoría de ateos actuales, sin embargo, son liberales que creen que la especie está avanzando gradualmente hacia un mundo mejor; pero el liberalismo moderno es un brote tardío de la religión judeocristiana, y

lo cierto es que, en el pasado, la mayoría de ateos no eran liberales. Algunos se deleitaban en la majestuosidad del cosmos. Otros, en los pequeños mundos que los seres humanos crean para sí mismos.

Aunque hay ateos que se autodenominan librepensadores, para muchos el ateísmo es hoy un sistema cerrado de ideas. Tal vez sea ésta su característica más seductora. Cuando revisamos otros ateísmos más antiguos, nos damos cuenta de que algunas de nuestras más firmes convicciones —laicas o religiosas— son hartamente cuestionables. Si esa posibilidad nos molesta, puede que lo que andemos buscando no sea libertad de pensamiento, sino libertad para no pensar. Pero si estamos dispuestos a dejar atrás las necesidades y esperanzas que muchos ateos actuales han arrastrado consigo desde el monoteísmo, a lo mejor llegará un momento en que nos daremos cuenta de que, con ello, nos estamos quitando un peso de encima. Algunos ateísmos antiguos son opresivos y claustrofóbicos, como lo es buena parte del ateísmo presente. Otros pueden ser refrescantes y liberadores para cualquiera que quiera adquirir una perspectiva nueva del mundo. De hecho, por paradójico que parezca, algunas de las formas más radicales de ateísmo pueden no diferir mucho, en última instancia, de ciertas variedades místicas de la religión.

Definir el ateísmo es como intentar condensar la diversidad de las religiones en una única fórmula. Siguiendo lo que escribiera el poeta, crítico y exaltado ateo William Empson, yo sugeriré que un componente esencial de conceptos como «religión» y «ateísmo» es el hecho de que pueden poseer múltiples significados. Ni la religión ni el ateísmo poseen elemento alguno que pueda considerarse una esencia. Por tomar prestada una analogía formulada en su día por el filósofo austrobritánico Ludwig Wittgenstein, se parecen más a familias extensas en las que se aprecian parecidos reconocibles entre sus miembros, pero en las que éstos no poseen una sola característica en común. En esta idea se inspiró el pragmatista estadounidense William James para escribir *Las variedades de*

*la experiencia religiosa*, el mejor libro sobre religión jamás escrito por un filósofo y una obra de la que Wittgenstein era gran admirador.

Aun así, quizá sea útil aventurar una definición provisional de ateísmo, aunque sólo sea por señalar cuál será más o menos el derrotero de este libro. Pues, bien, yo postulo de entrada que un ateo es alguien para quien la idea de una mente divina creadora del mundo no tiene utilidad ni sentido alguno. Visto así, el ateísmo no quiere decir gran cosa. Simplemente significa la ausencia de la idea de un dios creador.

Hay precedentes de concepciones parecidas del ateísmo. En el mundo europeo antiguo, el ateísmo significaba la negativa a participar en las prácticas tradicionales con las que se honraba a los dioses del panteón politeísta. Los cristianos eran considerados «ateos» (del griego *atheos*, es decir, «sin dioses») porque rendían culto a un solo dios. Entonces, como ahora, el ateísmo y el monoteísmo eran dos caras de la misma moneda.

Si concebimos el ateísmo de ese modo, veremos que no equivale a un rechazo de la religión. Para la mayoría de seres humanos, la religión siempre ha consistido más en un conjunto de prácticas que en unas creencias. Cuando a los cristianos del Imperio romano se les obligaba a seguir la religión de Roma (*religio* en latín), lo que se les ordenaba en realidad era que observaran las fiestas y ceremonias romanas, que participaran en actos de culto a los dioses paganos, pero no se les exigía nada en términos de creencia. La palabra «paganos» (*pagani*) es un invento cristiano que se aplicó a partir de comienzos del siglo iv a quienes seguían aquellas prácticas.<sup>1</sup> El «paganismo» no era un credo —las personas a las que por aquel entonces se calificaba de paganas no concebían la idea de herejía, por ejemplo—, sino un batiburrillo de ritos.

Puede que también venga bien tener a mano una definición provisional de religión. Muchas de las prácticas que se reconocen como religiosas expresan la necesidad de dar sentido al tránsito humano por este mundo. Puede que todo

sea «nacer, copular y morir» después de todo, como dice el *Sweeney Agonistes* de T. S. Eliot: «A eso se reduce la vida toda». Pero los seres humanos han sido reacios a aceptarlo y se esfuerzan por otorgar a sus vidas una significación más que humana. Los animistas tribales y los practicantes de las grandes religiones del mundo, los devotos de las sectas que creen en los platillos volantes y las hordas de fanáticos que han matado y han muerto por los credos seculares modernos dan fe, todos, de esa necesidad de sentido. Con su reverencial invocación del progreso de la especie, el descreimiento proselitista de los últimos tiempos obedece a ese mismo impulso. La religión es un intento de hallarle un sentido a los hechos, no una teoría que trate de explicar el universo.

El ateísmo no es una visión del mundo que se haya ido repitiendo tal cual a lo largo de la historia: han existido múltiples ateísmos con cosmovisiones contradictorias. En la Grecia, la Roma, la India y la China antiguas, había escuelas de pensamiento que, sin negar que los dioses existieran, estaban convencidas de que éstos no se interesaban por los asuntos humanos. Algunas de esas escuelas elaboraron versiones tempranas de la filosofía que sostiene que todo lo que hay en el mundo está compuesto de materia. Otras se abstuvieron de especular acerca de la naturaleza de las cosas. El poeta romano Lucrecio pensaba que el universo se compone de «átomos y vacío», mientras que el místico chino Zhuangzi, siguiendo las enseñanzas del (posiblemente mítico) sabio taoísta Lao-Tse, consideraba que el mecanismo del mundo era inaprehensible para la razón humana. Dado que la visión que uno y otro poseían de la realidad no contemplaba la existencia de una mente divina creadora del universo, ambos eran ateos. Pero a ninguno de los dos les preocupaba «la existencia de Dios», pues tampoco concebían la idea de un dios creador que tuvieran que cuestionar o rechazar.

La religión es universal, mientras que el monoteísmo es un culto local. Muchas culturas «primitivas» poseen elaborados mitos de la creación: relatos del origen del mundo. En

algunos, se dice que brotó del caos primigenio; en otros, que surgió de un huevo cósmico; y en algún otro, se nos cuenta que el mundo nació de los pedazos desmembrados de un dios muerto. Pero pocos de esos relatos están protagonizados por un dios hacedor del universo. Puede que en ellos haya dioses o espíritus, pero no son sobrenaturales. De hecho, en el animismo, religión original de toda la humanidad, el mundo natural rebosa de espíritus.

Del mismo modo que no todas las religiones contienen la idea de un dios creador, también son muchas las que carecen de noción alguna de un alma inmortal. En algunas de ellas (como, por ejemplo, las que dieron lugar a la mitología nórdica), los dioses mismos son mortales. Los politeístas griegos tenían la esperanza de una vida después de la muerte, pero la creían poblada por las sombras de las personas que existieron en su día, no por las propias personas redivivas en una forma póstuma. El judaísmo bíblico concebía la existencia de un inframundo (*Sheol*) en un sentido muy parecido. Jesús prometió a sus discípulos salvarlos de la muerte, pero mediante la resurrección de sus cuerpos de carne y hueso llevados a la perfección divina. Ha habido ateos que creían que la personalidad permanecía aun después de la muerte física. En la era victoriana y eduardiana, algunos estudiosos de la psique creían que «el más allá» significaba el tránsito hacia otra parte del mundo natural.

Si muchas son las religiones diferentes que existen y han existido, no son (y han sido) menos los ateísmos distintos. El ateísmo del siglo XXI casi siempre se ha manifestado como una forma de materialismo. Pero ésa sólo es una de las visiones del mundo que los ateos han suscrito a lo largo de la historia. Algunos ateos —como el filósofo decimonónico alemán Arthur Schopenhauer— estaban convencidos de que la materia es una ilusión y de que la realidad es espiritual. De hecho, no existe una «visión atea del mundo». El ateísmo simplemente excluye la posibilidad de que el mundo sea obra de un dios creador, pero ésa es una posibilidad que no encontramos en la mayoría de religiones.